

San Francisco. Y ahora, de repente, se descubre que es mi hermana legítima. Pasó por aquí un hombre que la conocía, que tenía unos documentos... Aquí están. Son cartas, una declaración de mi madre; en fin, un enredo, un montón de pruebas. ¿Qué significa todo esto? ¿Esa hermana mía, que se llevaron de niña, no murió? ¡Usted debe saberlo, abuelo!

Alfonso de Maia, á quien sobrecogió un gran temblor, cayó por fin pesadamente en una poltrona, junto al cortinaje de la puerta y quedó devorando á su nieto y á Ega, con mirada extraviada y muda.

— Ese hombre— exclamó Carlos— es un Guimaraes, un tío de Dámaso. Habló con Ega y á Ega entregó los papeles. Cuéntaselo tú desde el principio, Ega.

Ega con un suspiro resumió su larga historia y acabó por decir que lo importante y lo decisivo era que aquel hombre, que no tenía interés en mentir y que sólo por acaso hablara de tal cosa, conoció á dicha señora desde niña, como hija de Pedro de Maia y de María Monforte. Y nunca la perdió de vista y la llevó en brazos y le regaló muñecas, la visitó con su madre en el convento de Tours y luego estuvo en la casa que tenía en Fontainebleau, donde aparecía como casada.

— En fin,— interrumpió Carlos— la vió hace unos días en un carruaje conmigo y con Ega... ¿Qué le parece, abuelo?

El viejo murmuró con gran esfuerzo como si tales palabras le desgarrasen el corazón:

— Esa señora no sabe nada, ¿verdad?

Ega y Carlos contestaron á un tiempo:

— ¡No sabe nada!

Según Guimaraes, su madre ocultó siempre la verdad. Creíase hija de un austriaco y se firmaba Calzaski...

Carlos enseñó un papel á su abuelo:

— Aquí tiene usted la declaración de mi madre.

El viejo tardó mucho tiempo en sacar los lentes del chaleco. Leyó el papel despacio, palideciendo y respirando penosamente, y al acabar quedó como anonadado y sin fuerza. Por fin, habló:

— Nada sabía... Lo que la Monforte aseguraba allí no podía contradecirlo. Aquella señora de la calle de San Francisco, era tal vez su nieta... No sabía más...

Carlos parecía anonadado bajo el peso de la certeza de su desgracia. El abuelo, testigo de lo pasado, nada sabía. Aquella declaración y la historia de Guimaraes, aparecían irrefutables. ¡María Eduarda era, pues, su hermana! y uno enfrente de otro, abuelo y nieto, parecían vencidos por un mismo dolor, nacido de una misma idea.

Por fin, Alfonso se levantó y apoyándose fuertemente en el bastón, dejó sobre la mesa el papel de la Monforte. Miró las cartas que había esparcidas por allí y después lentamente añadió:

— Nada más sé... Siempre pensamos que esa niña había muerto. Procuramos indagar... Ella misma dice que se le había muerto una niña y no sé á quién mostró su retrato...

— Era otra, la hija del italiano— dijo Ega.— Guimaraes me habló de eso. Fué esta la que vivió. Esta que ya tenía siete ú ocho años cuando hacía apenas cinco que ese sujeto italiano apareció en Lisboa. ¡Esta fué!

— ¡Fué ésta!— murmuró el viejo.

Hizo un vago ademán de resignación y añadió después de respirar con fuerza:

— Bien; todo esto tiene que pensarse más. Es preciso que llamemos á Villaça... Quizá sea necesario que vaya á París... Ante todo es preciso tranquiliz-



zarse... Además, no se trata de una desgracia irreparable...

La voz se le apagaba trémula. Alargó la mano á Carlos, que se la besó, y luego dió dos pasos hacia la puerta, tan lentos é inciertos que Ega corrió hacia él:

—Apóyese usted en mi brazo...

Atravesaron la antecámara, silenciosa, donde la lluvia batía los cristales. Y entonces, Alfonso, de repente, soltando el brazo de Ega, murmuró desahogando su dolor.

—¡Ya sabía le existencia de esa mujer!... Vive en la calle de San Francisco, pasó todo el verano en los Olivares... ¡Es su querida!

Ega, balbució: “¡No, no, don Alfonso!”

Pero el viejo se puso un dedo en los labios indicando que Carlos les podía oír, y se alejó encorbado, apoyándose en el bastón, vencido al cabo por aquel implacable destino, que después de herirle en plena virilidad con la desgracia del hijo, le hería ahora en la vejez con la desgracia del nieto.

Ega, enervado, exhausto, volvió al cuarto por donde Carlos paseaba con gran agitación, y miró los otros papeles de la Monforte, cartas, tarjetas de visita de miembros del Jokey-Club y de senadores del Imperio.

De pronto Carlos se detuvo ante él, apretándose desesperadamente las manos:

—Hay dos criaturas que viven en pleno cielo: Pasa un quidam, un idiota, un Guimaraes, dice dos palabras, entrega dos papeles y destroza para siempre dos existencias!... ¡Mira que esto es terrible, Ega!...

Este arriesgó un consuelo vulgar.

— ¡Peor fuera que ella hubiese muerto!

—¿Peor? ¿Por qué? Si ella ó yo muriésemos, aca-

baba el motivo de esta pasión; quedaban el dolor y el recuerdo, era otra cosa. ¡Así estamos vivos, pero muerto uno para otro y viva la pasión que nos unía! ¿Imaginas tú que porque me prueben que es mi hermana, me gusta menos de lo que me gustaba, ó que me gusta de un modo diferente? Claro está que no. ¿O bien mi amor, en una hora, en un instante, acomodándose á las circunstancias va á transformarse en amistad?... Nunca. Ni yo lo quiero.

Era una rebelión brutal de su amor que no quería morir porque las revelaciones de un Guimaraes y una caja de tabaco llena de papeles viejos, le ordenaban que ~~no~~ muriese.

Hubo otro melancólico silencio. Ega encendió un cigarrillo, fatigado por la emoción y por la noche pasada en la alcoba de Carmen, y acabó por cerrar los ojos. Pero bien pronto le despertó otra exclamación de Carlos, que de nuevo, delante de él, se retorció las manos:

—¡Lo peor de eso, es que se lo tenemos que contar todo, explicárselo todo á ella!...

Ega ya pensara en ello. Era necesario que se le dijese inmediatamente, sin vacilaciones.

—Yo mismo se lo contaré todo—dijo Carlos.

—¿Tú?

—¿Pues quién? ¿Quieres que vaya Villaga?

Ega movió la cabeza.

—Lo que tú debías hacer era marcharte á Santa Olavia. Desde allí se lo contabas todo y era menos violento.

Carlos se hundió en un sillón y replicó:

—Sí, tal vez mañana... Ya pensé en ello. Es lo mejor... Pero ahora estoy muy cansado.

—Yo también—dijo Ega, desperezándose.—Y nada

*Maias—Tomo III—10*



adelantamos. Lo mejor es tranquilizarse. Voy á echarme un rato.

—Hasta luego.

Ega subió á su cuarto y se durmió en seguida. Despertóle Carlos cuando la campana avisaba para comer.

—¡Y ahora tener que ir á comer!—exclamó Carlos, encendiendo las velas del tocador.—¡Y por fin de fiesta invité á Steinbroken!

Luego, volviéndose, dijo:

—¿Crees que el abuelo lo sabe todo?

El otro saltó de la cama y dijo mientras se disponía á lavarse:

—Me parece que tu abuelo desconfía. Esto le ha hecho el efecto de una catástrofe.

Carlos lanzó un lento suspiro. Al cabo de poco rato bajaron á comer.

Abajo encontraron, además de Steinbroken y de don Diego, á Craft que se había invitado. En torno de aquella mesa, siempre alegre, cubierta de flores y de luces, reinaba una especie de melancolía, pues se hablaba de enfermedades, de Sequeira que tenía reumatismo, del pobre marqués que empeorara.

Alfonso habíase quejado de un fuerte dolor de cabeza que justificara su expresión cansada y su rostro pálido. Carlos dijo también que pasó una noche abominable y Ega preguntó á Steinbroken su opinión sobre el gran orador del teatro de la Trinidad, Rufino.

El diplomático vaciló y quedó sorprendido al saber que Rufino era un político, un parlamentario... Aquellos ademanes, aquella camisa que se le salía de los pantalones, aquellas greñas y aquellas botas, no le parecían propias de un hombre de Estado.

—Pero, sin embargo—dijo—en el género sublime,

en el género de Demóstenes me ha parecido bien, muy bien.

—¿Y á usted, Craft?

A Craft sólo le gustó Alencar. Ega se encogió violentamente de hombros. Nada le parecía más cómico que la democracia romántica de Craft, aquella República esmirriada y rubia vestida de blanco como Ofelia, orando en plena naturaleza, bajo la mirada de Dios!... A Craft le gustaba todo aquello por creerlo sincero. La falta de sinceridad es lo que le hacía aborrecible la literatura y la oratoria portuguesa. Ni Rufino podía creer en la influencia de la religión ni el orador de la barba puntiaguda en el heroísmo de los Castros y Alburquerque. Todo era postizo y falso. Alencar, en cambio, tenía una fe real en lo que cantaba, en la fraternidad de los pueblos, en el Cristo republicano, en la democracia devota y coronada de estrellas.

—Ya debe ser muy viejo ese Alencar—observó don Diego que redondeaba bolitas de pan entre sus largos dedos.

Carlos salió por fin de su mutismo.

—Tendrá por lo menos cincuenta años.

Ega aseguró que ya habría cumplido los sesenta. En 1836 publicaba poesías delirantes y pedía la muerte en remordimiento de las vírgenes que sedujera.

—Hace ya años—murmuró lentamente Alfonso—muchos años que oí hablar de ese hombre.

Don Diego volvióse hacia Carlos:

—Alencar tiene la edad que tendría ahora su padre. Eran íntimos. Alencar iba mucho á su casa, con don Juan de Acuña, que en gloria esté y poco más poco menos, tenían los mismos años...

Carlos no contestó. Por casualidad todos enmudecieron y un soplo de tristeza pasó por entre las lu-



ces y las flores, como viniendo del fondo de aquel pasado, lleno de sepulturas y de dolores.

—¡Y el pobre Cruges, qué fiasco!— exclamó Ega.

Craft hallaba muy justificado el fiasco. ¿Cómo se le ocurría á Cruges tocar música clásica entre aquella gente á la cual sólo gustaba el canto flamenco? Ega, acalorándose, acabó por decir que en el arte no había nada tan bello como el *fado*. Y apeló á Alfonso para sacarle de su ensimismamiento.

—No es verdad, don Alfonso, que á usted también le gusta el *fado*, nuestra gran creación nacional?

—En efecto — murmuró el viejo, llevándose la mano á la cabeza. — Hay mucha poesía en el *fado*...

Craft atacaba á fondo las malagueñas y peteneras y el *fado*, toda esa... música meridional que le parecía un gemido prolongado de esterilidad y de pureza. Oyó una vez en Madrid, en casa de los Vilarrubias, una señora que se puso al piano y empezó un gemido que no acababa—*a-a-a-a-ah*...—se aburre pasa á otro salón, juega al *whist*, ojea un álbum inmenso, discute de la guerra carlista con el general Jovellar y cuando vuelve, todavía estaba la señora lanzando al techo sus *a-a-a-a-ah* interminables.

Todos rieron. Ega protestó con ímpetu. Dijo que Craft era un inglés educado á los secos pechos de la Economía Política y que no podía discutir en cuestiones de sentimiento.

—¿Dónde ha oído usted el *fado*?... En los salones, ¿verdad? Así, efectivamente resulta tonto. Pero oígame usted, tocado por tres ó cuatro guitarristas, de noche, en el campo, con una hermosa luna en el cielo... Como en los Olivares este verano, cuando el marqués llevó allí al *Vira-Vira* ¿Te acuerdas, Carlos?

Quedó cortado por aquella evocación de la *Casita*. Carlos permaneció silencioso y Craft dijo que en

una noche de luna, todos los ruidos en el campo son bonitos, hasta el cantar de las ranas. Entonces don Diego—dijo con su majestad de león viejo que recuerda un gran pasado:

—Otra música muy bonita, era antiguamente la de los *Sinos do mosteiro*. Parecía que se estaban oyendo las campanas. Ya no se toca eso.

La comida terminaba friamente. Steinbroken se quejaba de que la familia real no hubiese asistido al sarao. Don Diego recordó una historia antigua y fastidiosa de la infanta doña Isabel. Y todos parecieron aliviados cuando un criado pasó en torno la ancha vacía de plata y el jarro de agua perfumada. Al final del café, servido en el billar, Steinbroken y Craft empezaron una partida á cincuenta tantos. Alfonso y don Diego se habían ido al despacho. Ega, enterrado en una poltrona, leía el *Figaro*. Carlos, que paseaba pensativo, fumando, miró un momento á Ega, adormecido, y desapareció detrás de una cortina.



Se dirigía á la calle de San Francisco, á pie, sin apresurarse, por el Aterro, embutido en un gabán de pieles, y acabando el cigarro. La noche era clara, con la luna en creciente, rodeada de deshilachadas nubes blancas, que huían empujadas por el viento norte.

Aquella tarde fué cuando Carlos se decidió á hablar á María Eduarda, por un motivo supremo de dignidad y de razón. Ni él ni ella eran dos débiles criaturas necesitadas de ajeno auxilio para resolver la crisis de su vida; y ellos mismos debían hallar el camino de la dignidad y de la razón en aquella catástrofe que les destruía la existencia. Por eso sólo él iba á la calle de San Francisco.

Era terrible volver á verla en aquella salita, tibia aun de sus caricias, ahora que sabía que era su hermana. Pero ¿por qué no? Ambos sabrían vencer su pasión y no habían de horrorizarse por el pecado cometido involuntariamente. Ambos tenían bastante fuerza para enterrar el corazón bajo la inteligencia, como bajo una losa fría y dura, y podía volver á aquella sala sin temor alguno.

No revelaría bruscamente *toda* la verdad á María Eduarda. No le daría un adiós patético, un adiós de

teatro; no afrontaría una crisis de pasión y de dolor. Durante aquella tarde había pensado en un medio, bien complicado y cobarde por cierto, pero que era el único que podía evitar un dolor fulminante y brutal.

Por eso iba despacio á lo largo del Aterro, resumiendo y retocando aquel plan y pensando las palabras que tenía que pronunciar. Entraría en la sala, como quien tiene gran prisa, y le diría que un asunto de su casa le obligaba á partir para Santa Olavia. E inmediatamente saldría, pretextando ir á casa del procurador. Una cosa le preocupaba. ¿Y si ella le diese un beso? En tal caso exageraría su prisa, conservando el cigarro en la boca, sin dejar siquiera el sombrero. Y al día siguiente marchaba con Ega para Santa Olavia, y desde allí le escribía de un modo incierto y confuso, diciéndole que en unos papeles de familia había descubierto que eran parientes. En otra carta diría *toda* la verdad y le enviaría la declaración de su madre, y demostrándole la necesidad de una separación, pediríale que marchase á París.

Este medio resultaba complicado y cobarde, pero no encontraba otro. ¿Quién, por otra parte, podría tratarla con tanto miramiento y cariño?

Pensando en estas y otras cosas, se halló de pronto delante de la casa de María. En la sala, á través de las cortinas, veíase una luz tristonía. Las demás habitaciones aparecían oscuras.

Poco á poco, toda aquella fachada muda, de la cual apenas salía por una abertura una claridad lánguida de alcoba adormecida, le penetró de inquietud y desconfianza. En aquella penumbra que adivinaba allá dentro llena de calor y de perfume de jazmín, le espantaba. No entró; detúvose un momento mirando la claridad que salía del portal del



Gremio y se sintió atraído por la sencillez de aquella entrada, pavimentada de piedra, con gruesos mecheros de gas y sin penumbras ni perfumes.

En la sala, abajo, leyó sin comprenderlos los telegramas que había en la mesa. Pasó un camarero y le pidió cognac. Telles de Gama cruzó con las manos en los bolsillos del gabán y le preguntó si iría á la reunión de los Gouvarinhos.

—Quizá sí—murmuró Carlos.

Marchóse Telles de Gama, el criado entró con la bandeja y Carlos, sin saber por qué, recordaba aquella tarde en que la condesa le dió el primer beso poniéndole una flor en el ojal... ¡Cuán vago y remoto resultaba aquéllo!

Salió después de beber el cognac. Ahora andaba arrimado á las casas y no veía aquella fachada que le perturbaba con su claridad de alcoba. Subió sintiendo el ruido de su corazón más que el de sus pasos. Melanie, que salió á abrir, le dijo que la señora, un poco cansada, se había echado; y la sala parecía, efectivamente, abandonada, con la mayoría de las luces apagadas, el bordado sobre una silla y los libros alineados sobre la mesa, como si nadie los hubiese abierto.

Carlos se quitaba lentamente los guantes, cuando de repente acudió Rosa riendo y saltando con los cabellos sueltos por los hombros y los brazos abiertos hacia él. Carlos la levantó en el aire, diciendo, como de costumbre:

—Ven acá, cabrita.

Pero mientras la tenía en alto se le ocurrió que aquella niña era su sobrina y llevaba su nombre. Soltóla y casi la dejó caer, mirándola asombrado, como si por primera vez viese aquella carita, ebúrnea y fina, por donde corría su sangre.

—¿Por qué me miras de ese modo?—murmuró ella retrocediendo y sonriendo.

No lo sabía. Parecía otra Rosa y sentía como nostalgia de la antigua Rosa, de la que era hija de la señora de Mac-Gren, de aquella á quien contaba historias de Juana de Arco y á la que columpiaba en la *Casita* bajo las acacias en flor. Ella ya no sonreía, y viéndolo tan grave y tan mudo, pensaba que iba á hacer alguna diablura. Tenía la misma sonrisa de su madre, el mismo hoyuelo en la barba. Carlos vió en ella toda la gracia, todo el encanto de María. La cogió de nuevo en brazos, tan violentamente, con besos tan bruscos en el cabello y en la cara, que Rosa se resistió asustada lanzando un grito.

Soltóla en seguida, temiendo no haber sido casto... Después muy serio:

—¿Dónde está la mamá?

Rosa se tocaba el brazo, con la cabeza baja.

—¡Mira, me has hecho daño!

Carlos le pasó la mano por los cabellos y dijo:

—Vaya, no seas mimosa. ¿Dónde está mamá?

La niña ya aplacada y contenta saltaba en derredor agarrando las muñecas de Carlos para que él saltase también...

—La mamá fué á acostarse; dice que está cansada y luego me llama á mí perezosa... Ea, salta también... ¡No seas pesado!

En aquel instante miss Sarah llamó desde el corredor:

—¡Señorita!

Rosa se puso un dedo en la boca y dijo en voz baja y riendo:

—¡Dile que me estoy aquí! Sí, díselo. Así rabiara.

Miss Sarah levantó la cortina y la descubrió escondida detrás de Carlos, agachada y sonriendo con



malicia. Sonrió benévolamente y murmuró: *good night, sir*. Después recordó que eran cerca de las nueve y media y que la señorita estaba un poco constipada y debía retirarse. Entonces Carlos, cogió suavemente por el brazo á Rosa y acariciándola le dijo que obedeciese á miss Sarah.

Pero Rosa protestó indignada de aquella traición.

—¡Cómo, nunca haces nada en mi favor!... ¡Desaborido! ¡Pues anda, ahora no te digo adiós!

Atravesó la sala, malhumorada, esquivóse con un empujón del aya, que sonreía y le extendía la mano, y cuando estuvo en el corredor rompió despechada á llorar desconsoladamente. Miss Sarah disculpó á la señorita, risueña. Era el constipado que la volvía impertinente. Pero delante de su mamá no hubiera hecho aquello, no.

—*Good night, sir.*

—*Good night, miss Sarah...*

Al quedarse solo Carlos, paseó algunos momentos por la sala. Por último levantó el tapiz que guardaba el estrecho gabinete donde María se vestía, y en voz baja dijo:

—¿Duermes, María?

No había luz; pero desde la calle llegaba algo de claridad, que descubría la blancura del cortinaje que rodeaba el lecho. Desde éste María murmuró mal despierta:

—¡Entra! Me acosté porque estaba muy cansada... ¿Qué hora es?

Carlos, con la mano en la puerta y sin adelantar:

—Es tarde—dijo—y necesito salir en busca de Villaça... Venía para decirte que tal vez tendré que marchar á Santa Olavia, pasado mañana, por dos ó tres días...

Hubo entre el cortinaje un movimiento que hizo crujir el lecho.

—¿Para Santa Olavia?... ¿Y por qué?... Así, de repente... ¡Entra!... ¡Ven aquí!

Entonces Carlos dió un paso hacia adentro, sin hacer ruido. Todavía se oía crujir el muelle del lecho y empezaba ya á envolverle y á penetrarle en el alma, con una seducción inesperada de caricia nueva, que lo perturbaba extrañamente, aquel perfume de ella que tan bien conocía, esparcido en la atmósfera de la alcoba. Pero aun insistió en su necesidad de encontrar aquella noche á Villaça.

—Se trata de unos cobros por culpa de los administradores.

Llegó al lecho y se sentó en la orilla, fatigado de repente, sin fuerza para continuar aquellas invenciones de cobros y de administradores, como si fuesen montañas de hierro imposibles de remover.

El espléndido cuerpo de María envuelto en un ropón de seda, moviase, desperezándose lánguidamente en el blando lecho.

—Me sentí tan cansada después de comer, sentí una pereza... ¡De modo que marcharás así, de repente! ¡Qué fastidio! Dame la mano.

El buscaba la suya: encontró una rodilla de la que percibía la forma y el calor suave á través de la seda; y allí quedó la mano, abierta y floja, como muerta, percibiendo apenas la sensación de aquella piel caliente y satinada. Un suspiro, un suspirito de niña huyó de los labios de María y murió en la sombra. Carlos sintió el calor del deseo que brotaba de ella, que le abrumaba, terrible como el vaho de un abismo abierto á sus pies: Pudo balbucear: "no, no..." Pero ella extendió los brazos, le rodeó el cuello atrayéndolo hacia sí, en un murmullo que era como la continuación del suspiro y en que el nombre de *querido* susurraba y temblaba. Sin resistencia,



como un cuerpo muerto que el viento impele, cayóle sobre el seno. Sus secos labios halláronse pegados á otros labios que un beso abierto humedecía. Y de pronto Carlos la enlazó furiosamente, estrechándola y apretándola y sobándola con una pasión y una desesperación que hacía temblar toda la cama.

A aquella hora Ega se despertaba en el billar, aun estirado en la poltrona donde el cansancio le postrara. Bostezando y desperezándose, fué perezosamente hasta el despacho de Alfonso.

Allí ardía un fuego alegre, por el cual el reverendo Bonifacio se dejaba tostar, arrollado sobre la piel de oso. Alfonso jugaba una partida de whist con Steinbroken y con Villaça; mas tan distraído, que ya dos veces don Diego, irritado, gritara que si su dolor de cabeza de aquel modo lo atontaba, sería lo mejor no continuar. Cuando apareció Ega, el viejo levantó los ojos inquietos:

—¿Y Carlos? ¿Ha salido?...

—Sí, creo que salió con Craft— dijo Ega.— Habían hablado de ir á ver al marqués.

Villaça, que barajaba las cartas con una lentitud meticulosa, miró también á Ega curiosamente. Pero don Diego daba ya con los nudillos de los dedos en la mesa, murmurando:—“Vamos ya, vamos ya... ¡No se saca nada con cuidarse de los otros!”, Ega se quedó allí un momento, bostezando y siguiendo distraidamente el lento caer de las cartas. Después, sintiéndose perezoso y cansado, decidió marcharse



á la cama, llevándose un número viejo del *Panorama*.

Al otro día, á la hora del almuerzo, entró en el cuarto de Carlos. Su asombro fué grande cuando Bautista, que desde la vispera estaba triste, le dijo que Carlos había ido á Tapada, muy temprano y á caballo...

—¿Cómo es eso?... ¿Y no dejó ninguna orden, no habló de ir á Santa Olavia?

Bautista miró á Ega, espantado:

—¡A Santa Olavia!... No, señor; no habló de semejante cosa. Pero dejó una carta que trajeron para usted. Creo que es del señor marqués. Dijo que él iría á su casa, después, á las seis, para comer allí.

En una tarjeta de visita, el marqués, con efecto, recordaba que aquel día era "su fausto cumpleaños," y esperaba que Carlos y Ega fueran á las seis á ayudarle á tomar el caldo de dieta.

—¡Bien, allí nos encontraremos!—murmuró Ega, bajando al jardín.

¡Aquello le parecía extraordinario! Carlos paseando á caballo, Carlos comiendo con el marqués, como si no hubiera venido nada á perturbar su vida tranquila de muchacho feliz... Ahora estaba cierto de que Carlos fué la noche anterior á la calle de San Francisco. ¡Santo cielo! ¿Qué habría pasado allí? Subió oyendo la campana del almuerzo. El criado le dijo que don Alfonso tomó una taza de te en su cuarto y que aun estaba en cama. Por primera vez Ega almorzó solo en la amplia mesa del Ramillete.

Por la tarde, en el cuarto del marqués, halló á Carlos, á Darque, á Craft y á Telles que jugaba á damas con el procurador del marqués.

—¿Has visto al abuelo?

—No—contestó Ega— he almorzado solo.

La comida fué muy animada y nadie rió más que

Carlos, pero á Ega se le antojaba oír notas falsas en sus carcajadas. De sobremesa se jugó, y Carlos, otra vez sombrío, tuvo una racha asombrosa, una suerte de "cabrón," como dijo Darque. A media noche el procurador recordó las órdenes del médico y se disolvió la reunión, después de hacer una suscripción para Darque y Craft, que habían quedado escurridos y que recogieron, riendo, el dinero en los sombreros.

En el coche que les llevaba al Ramillete Carlos y Ega permanecieron un rato silenciosos. Al fin Ega, preguntó:

—¿Vas á Santa Olavia, ó qué?

—Tal vez mañana... Aun no dije nada; no hice nada... He tomado cuarenta y ocho horas para reflexionar.

Al subir la escalera, Carlos dijo á Ega:

—Tengo una jaqueca horrible. Mañana hablaremos, ¿eh?

—Hasta mañana.

A la madrugada Ega despertó sintiendo una gran sed. Bebió y parecióle oír una puerta, la de Carlos. Tuvo un presentimiento extraño. Y no pudiendo vencer la angustia que le produjo, bajó á las habitaciones de Carlos. Escuchó. Nada se oía. Entró. La cama estaba intacta y Carlos había salido.

Miraba estúpidamente aquel lecho vacío. Ya no dudaba. Carlos había ido á terminar la noche á la calle de San Francisco... ¡Estaba allí, dormía allí! Sólo una idea surgía en su espíritu: marcharse, ir á Celorico para no ser testigo de tan tremenda infamia...

El día siguiente fué desconsolador para Ega. Temiendo hallar á Carlos ó á Alfonso, levantóse despacio, y saliendo con precauciones de ladrón, se fué á almorzar á un café. Por la tarde, en la calle del



Oro, vió pasar á Carlos que llevaba en su breack á Taveira y á Cruges, invitados sin duda para no estar solo con su abuelo en la mesa. Ega comió melancólicamente en el Universal. Sólo fué á Ramillete á las nueve para vestirse para la *soirée* de los Gouvarinho. Y ya de paletó y de *clac* en la mano, apareció por fin en la salita Luis XV para saber si sus amigos querían algo para los condes de Gouvarinho...

— ¡Diviértetel

— ¡Sé oportuno!

— Allí iré yo á cenar— prometió Taveira.

Eran las dos de la mañana, cuando Ega volvió de la fiesta. Delante del cuarto de Carlos, mientras encendía una vela, Ega sintió una curiosidad. ¿Estaría allí? Pero le dió vergüenza aquel espionaje y subió decidido á huir á Celorico. Empezaba ya á dormirse, cuando oyó pasos en el corredor, unos pasos muy lentos, muy pesados, que se adelantaban y cesaron delante de su puerta. Asustado gritó:

— ¿Quién va?

La puerta se abrió. Y apareció Alfonso de Maia, pálido, con un chaquetón sobre la camisa de dormir y un candelero en la mano. No entró. Preguntó con voz enronquecida:

— ¿Y Carlos? ¿Está ahí?

Ega balbució, sin saber lo que decía:

— Apenas estuvo un momento en casa de los Gouvarinhos... Es probable que Carlos haya ido más tarde con Taveira á la hora de la cena.

El viejo cerró los ojos como si desfalleciese y extendió la mano para apoyarse... Ega corrió hacia él:

— No se aflija, don Alfonso.

— ¿Qué quieres que haga pues? ¿Dónde está Carlos? Allí metido con esa mujer... No digas nada, ya

lo sé; lo mandé averiguar... Estuvo allí hasta por la mañana y ahora, duerme en este instante... ¿Y fué para este horror que Dios me dejó vivir hasta ahora?

Hizo un ademán de despecho y dolor, y de nuevo sus pasos más pesados, más lentos, se alejaron.

Ega quedó junto á la puerta horrorizado. Después se acostó, decidido á decir á Carlos, al día siguiente, antes de marchar á Celorico, que su infamia estaba matando al abuelo y le obligaba á él, su mejor amigo, á huir para no presenciara.

Apenas lo pensó, puso la maleta en el centro del cuarto y durante media hora en mangas de camisa, estuvo guardando la ropa. Un alegre sol doraba la fachada. Terminó por abrir las vidrieras, para respirar y mirar el hermoso azul del cielo. Al bajar los ojos, vió el coche de Carlos. De fijo que éste iba á salir temprano á fin de no encontrarse con él ó con el abuelo.

Recelando no encontrarle aquel día, bajó corriendo. Carlos se había encerrado en el cuarto de baño. Ega llamó, y viendo que no le contestaba, gritó sin ocultar su irritación:

— ¡Ten la bondad de escuchar! ¿Partes para Santa Olavia ó qué?

Al cabo de un instante, Carlos replicó:

— No sé, tal vez; luego hablaremos.

Ega no se contuvo ya:

— No se puede estar así eternamente. He recibido una carta de mi madre... Si no vas á Santa Olavia yo me voy á Celorico... ¡Es absurdo! ¡Ya van tres días así!

Casi se arrepentía ya de su violencia, cuando la voz de Carlos sonó dentro en tono de súplica y humildad: